

CELEBRAR LA LITURGIA UNIDOS A JESUCRISTO

P. FARNES

1. Insuficiente subrayado de la presencia de Cristo en la celebración

Una de las facetas que más fecundas pueden resultar en vistas a intensificar la participación activa de los fieles en la liturgia es la viva conciencia de que Cristo, orante y celebrante, está junto a ellos en la celebración. Realidad fecunda ciertamente, pero realidad también demasiadas veces olvidada. A pesar de que el Vaticano II subrayó con fuerza este matiz celebrativo (Sac. Conc. 7) y aplicó significativamente a la celebración la promesa evangélica: *Donde dos o tres se están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18, 20), la realidad de la presencia de Cristo en la celebración no parece haber logrado entre los fieles aquel realce que hubiera sido de esperar.

Este olvido de la presencia de Cristo en la celebración -o por lo menos su poco subrayado- ha sido debido, por lo menos en gran parte, a que los esfuerzos por la renovación litúrgica encontraron ya desde sus comienzos incentivos más llamativos y atrayentes en los aspectos externos de la liturgia que en los de ámbito meramente espiritual y ello por dos motivos: el hecho de que los fieles pusieran acciones externas en la celebración resultaba más novedoso y por otra parte las acciones externas tienen siempre una mayor visibilidad. La participación de la asamblea en el canto, por ejemplo, (que se capta por los sentidos), las actitudes comunes de

los congregados (que alejan el individualismo), el ejercicio de algunos ministerios por parte de los participantes (que evita que la liturgia presente el rostro de una acción realizada únicamente por el sacerdote), constituyeron desde el principio ideales *novedosos* con respecto a lo que se venía haciendo hasta entonces y por ello resultaron especialmente atractivos ante quienes deseaban una verdadera renovación litúrgica y una auténtica participación activa en las celebraciones. El esfuerzo espiritual por sentirse unido a Cristo celebrante principal de la liturgia y Cabeza de la comunidad orante, pasó en cambio, casi desapercibido -y continúa aún hoy casi olvidado- por parte de quienes se interesan en intensificar la «participación activa» de los fieles en la liturgia. En la mente de la mayoría de los fieles la «participación activa» se entendió casi siempre como referida a sólo las acciones visibles y exteriores de la celebración no, en cambio, a la vivencia espiritual e invisible de la presencia del Señor orante junto a su Iglesia.

2. Cristo celebrante principal de la liturgia

Uno de los haberes más positivos de la reforma litúrgica es el interés despertado por la participación de todos los miembros de la asamblea en la celebración. A pocos se les ocurriría hoy continuar hablando, como era común hace bien poco tiempo, de *oír misa*; ésta, en otros tiempos tan popular expresión, ha sido substituida casi en todas partes por otra sin duda más exacta: la de *participar en la misa*. El mismo Código de Derecho Canónico ha optado por la substitución y allí donde el antiguo Código hablaba de que los fieles tienen obligación de *oír misa* (c. 1248 del CIC de 1917) hoy el nuevo Derecho nos habla de la obligación de *participar en la misa* (c. 1247 del CIC de 1983). La afirmación conciliar de que las «acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones *de la Iglesia* y que consiguientemente *pertenecen a todo el cuerpo de la misma* y *atañen a todos sus miembros* (Sacr. Conc. 26) han calado realmente en los fieles.

Pero en este deseo de restituir a la asamblea lo que le pertenece como propio, en los esfuerzos por devolver al pueblo lo que le habían arrebatado los sacerdotes, considerados en los últimos siglos como únicos celebrantes, en la reivindicación *democrática*¹ de la liturgia por parte de los fieles ha habido

1. Con toda exactitud –incluso etimológica– podemos hablar de “liturgia *democrática*”: “*demo*” en efecto, significa precisamente *pueblo* y la liturgia, por su propia naturaleza, es acción del pueblo (Sacr. Conc. 26), por tanto es *democrática*, en el más pleno sentido de la expresión.

también por parte de algunos una exageración o contravalor: no pocos parece que han olvidado -o por lo menos no han sabido subrayar- que este pueblo, actor principal de la liturgia, no es un simple grupo de amigos o conocidos, ni tan sólo una reunión de creyentes, sino el Cuerpo de Cristo, formado por miembros *diversos*, entre los cuales Cristo, como Cabeza, ocupa el lugar más destacado y el rango principal.

Por tanto, si es verdad que la liturgia pertenece a *todo el cuerpo de la Iglesia*, también lo es que los distintos miembros de este cuerpo no participan en la acción común de la misma forma. Las celebraciones ciertamente *pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia*, pero le pertenecen según una gran *diversidad de funciones* (Sacr. Conc. 26). Ahora bien: entre las diversas funciones de los miembros del cuerpo de la Iglesia sobresale la propia de Cristo, Cabeza del cuerpo eclesial. Es pues correcto decir que el actor de la liturgia es la asamblea, pero es verdad únicamente bajo la condición de que no se olvide que la asamblea cristiana no existe al margen de su cabeza que es Cristo. Decir, pues, que las acciones litúrgicas son *celebraciones de la Iglesia* exige que no se olvide que Cristo no sólo forma parte de esta Iglesia sino que él es su miembro principal. Sin la presencia de Cristo, como celebrante de la liturgia, la celebración no podría ser *celebración de la Iglesia*.

3. La presencia activa de Cristo en la liturgia es lo que da valor supremo a las celebraciones de la Iglesia

Muchas veces se ha ido repitiendo, sobre todo a partir del movimiento litúrgico, que la oración eclesial está muy por encima de la oración personal. Ahora bien: la raíz última de esta superioridad estriba precisamente en que la oración litúrgica no es únicamente plegaria de los fieles que celebran la liturgia sino y sobre todo oración del mismo Cristo que se une a los fieles como la cabeza está unida al cuerpo. «Cristo, afirma la Constitución de liturgia, está siempre presente en su Iglesia, *sobre todo en la acción litúrgica...* está presente *en su palabra*, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla, está presente *cuando la Iglesia suplica y canta salmos* el mismo que prometió: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Sacr. Conc. 7). Si la oración es siempre diálogo del hombre con Dios, en el diálogo de la oración litúrgica Cristo interviene no sólo como el Dios que habla -*habla* al pueblo en las lecturas- sino también como hombre, es decir como Cabeza de la humanidad. Cristo, en efecto, unido a su pueblo,

suplica y canta salmos. La presencia y la acción de Cristo en la oración eclesial no puede, pues, ser más intensa; Cristo es en realidad el dialogante por antonomasia de la oración litúrgica, tanto en cuanto Dios que nos habla como en cuanto hombre que dirige sus súplicas al Padre.

Esta doctrina no es ciertamente nueva, pero sí que hay que reconocer que ha sido un tanto olvidada durante largos siglos; y aún hoy no parece haberse recuperado de manera suficiente. La presencia de Cristo en cuanto habla a su pueblo en las lecturas es una realidad hoy ya asumida y valorada por el pueblo; la realidad, en cambio, de Cristo que ora unido a su cuerpo pasa aún bastante desapercibida. Los fieles, en efecto, continúan más interesados por su participación activa *personal* que por conocer, valorizar y vivir espiritualmente la presencia de Cristo orando unido a ellos.

4. San Agustín paladín de la presencia de Cristo en la oración de la Iglesia

La visión de Jesucristo interviniendo en la oración eclesial no es un descubrimiento teológico de nuestro tiempo. San Agustín sobre todo insistió en recalcar esta importante faceta de la celebración cristiana y con frecuencia hablaba a sus fieles de la presencia de Cristo orante junto a la Iglesia orante. Para san Agustín esta presencia de Cristo en la oración eclesial constituía el valor supremo de la oración cristiana. Sus insistentes afirmaciones pueden servir aún hoy para reavivar la conciencia de los fieles en la importancia que tiene para una auténtica participación activa en la liturgia el hecho de que en la celebración el mismo Señor ore junto a su pueblo. Oigamos, por ejemplo, unas palabras suyas tomadas del comentario al salmo 85:

No pudo Dios hacer a los hombres un don mayor que el de darles por cabeza al que es su Palabra (Cristo) uniéndolos a él como miembros suyos... así cuando nos dirigimos a Dios con súplicas lo hacemos unidos al Hijo y cuando el cuerpo de Cristo (la Iglesia) ora no lo hace separada de su Cabeza, nuestro Señor Jesucristo; él es quien ora por nosotros, como sacerdote nuestro, y ora en nosotros como cabeza nuestra. Reconozcamos, pues, nuestras propias voces en la suya y su voz en nuestras voces (Enarrationes in Psalmos, 85, 1: CCL 39, 1176).

Si cuando nos dirigimos a Dios en realidad es Jesús quien ora por nuestros labios, si cuando la Iglesia suplica de hecho el Padre escucha la voz de Cristo, ¿no será extraordinariamente preciosa una oración que, si bien materialmente sale de nuestros labios, es en realidad oración de Cristo, plegaria, por tanto,

siempre escuchada por Dios como la voz del Hijo en quien el Padre tiene sus complacencias?

5. La oración de Cristo unida a la oración de la Iglesia subrayada por el Magisterio conciliar y postconciliar

El hecho de que en la liturgia Cristo ore unido a su Iglesia fue ya subrayado por Pío XII en la Encíclica *Mediator Dei* (Cf. GUERRERO *El Magisterio Pontificio contemporáneo*, I, pág. 665, núm. 179). Por su parte el Vaticano II insistió también en esta importante propiedad de la liturgia cristiana. Más tarde, al promulgarse los nuevos libros litúrgicos emanados del Concilio, se incidió nuevamente en esta realidad de la presencia de Cristo en la celebración. Pero nada de ello parece haber logrado que este importante matiz arraigara de manera suficientemente vital en el espíritu de los fieles. El postconcilio -sus fieles y sus pastores- absorbidos como se vieron por el esfuerzo de restituir a la celebración otras facetas más visibles y que en el momento del arranque de la restauración litúrgica parecían más urgentes y más descuidadas (canto de la asamblea, actitudes comunes, ejercicio de ministerios, etc.) parece que pusieron menos esfuerzo en revalorizar los aspectos más espirituales de la participación litúrgica. Por ello seguramente han pasado de hecho bastante desapercibidos, como explícitamente denunció y lamento el Sínodo de 1985.

Vale la pena, pues, recuperar ahora el camino perdido. Dos textos sobre todo -el primero del propio Concilio, el segundo de la subsiguiente reforma litúrgica- pueden resultar especialmente claros y sugestivos para lograrlo. Del primero de ellos -el número 7 de la Constitución de liturgia- nos hemos ocupado ya más arriba (párrafo 3). Se trata de la afirmación de que Cristo está presente de múltiples y variados modos en la celebración. El segundo -la *Institutio* que encabeza la Liturgia de las horas -más explícito y desarrollado con respecto a la presencia de Cristo en la oración- merece también ser recalcado.

En la *Institutio* en efecto hay una doble referencia a la incidencia de la plegaria de Cristo en la oración humana. La primera se refiere a la oración de los hombres en general (IGLH 6, PARDO 3947); la segunda -la que más puede interesarnos aquí- trata específicamente de la relación de la plegaria de Cristo con la oración de los cristianos como tales (IGLH 7, PARDO 3948). Dios escucha y se complace en la oración de quienes aún desconocen a Cristo

fundamentalmente porque contempla en todo hombre -también, por tanto, en los paganos- como una imagen de su Hijo amado y en sus plegarias escucha en cierto modo la voz de Jesús, el «más bello de los hijos de los hombres». Así lo expresa el texto al que nos referimos:

La oración que el hombre dirige a Dios ha de tener conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único mediador... pues de tal manera él une a sí a toda la comunidad humana, que se establece una comunión íntima entre la oración de Cristo y la de todo el género humano (IGLH 6, PARDO 3947).

Pero es sobre todo oración de los bautizados -de la Iglesia- la que tiene una íntima relación con la oración de Jesucristo, pues el bautismo injerta talmente al hombre en el Cuerpo de Cristo que la voz suplicante del bautizado viene a convertirse en la misma voz de Cristo:

Una especial y estrechísima unión se da entre Cristo y aquellos hombres a los que él ha hecho miembros de su Cuerpo, la Iglesia, mediante el sacramento del bautismo. Todas las riquezas del Hijo se difunden así de la Cabeza a todo el Cuerpo: la comunicación del Espíritu, la verdad, la vida y la participación de su filiación divina, que se hacía patente en su oración mientras estaba en el mundo... (IGLH 6, PARDO 3947)

En Cristo radica, por tanto, la dignidad de la oración cristiana, *al participar ésta de la misma piedad para con el Padre y de la misma oración que el Unigénito expresó con palabras en su vida terrena, y que es continuada ahora incesantemente por la Iglesia y por sus miembros en representación de todo el género humano y para su salvación (IGLH 7, PARDO 3948).*

Participar en la oración litúrgica es consiguientemente fundir la propia voz, los propios sentimientos de piedad y la propia adoración con la voz, la piedad y la adoración de Cristo al Padre. Así nuestra pobre oración y nuestra débil piedad -limitadas como todo acto humano- quedan como ennoblecidas, absorbidas y valorizadas al conectarse con la adoración y piedad del Hijo amado del Padre y se convierten en una voz sumamente agradable a los oídos de Dios. El cristiano orante en la liturgia puede decir con toda realidad que en su plegaria litúrgica: «Ora él, pero no es él quien ora en sí mismo, sino que es Cristo quien ora en él» (Cf. Ga 2, 20). Y a no es pues el pobre y débil pecador, la exigua e imperfecta criatura, quien se dirige al Padre; es Cristo, el Hijo amado quien, a través de nuestros labios, presenta su amor, su adoración, sus alabanzas y sus plegarias ante el Padre. Además, orar sumergidos en la persona de Cristo, nos ayuda a progresar, incluso personalmente, en los caminos de una oración y de una piedad filial cada vez más cercanas a las de

Cristo y acerca nuestros sentimientos a los sentimientos de piedad que inundaban el alma de Cristo cuando oraba al Padre (Cf. Flp 2, 5)

6. La presencia de Cristo en la oración litúrgica transforma radicalmente la plegaria de la Iglesia

No pocas expresiones que figuran en la oración litúrgica pueden parecer asombrosas para el orante (si se les prestara la atención debida, cosa que desgraciadamente no siempre es el caso) e incluso son francamente inapropiadas si se olvidara que es Cristo quien las dice, no el hombre débil y pecador que somos nosotros. Un ejemplo entre muchos posibles puede ilustrar lo que queremos decir y mostrar la necesidad que tiene la oración litúrgica de ser dicha como voz de Cristo a la que la Iglesia se une como cuerpo suyo que es. Sería el caso, por ejemplo, de la siguiente oración que recitada en nombre propio resultaría improcedente y dicha en nombre de Cristo tiene un extraordinario valor y significado:

Señor, escucha mi apelación,
atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica
que *en mis labios no hay engaño*:
emane de ti la sentencia,
miren tus ojos *la (mi) rectitud*.

Aunque sondees mi corazón,
visitándolo de noche,
aunque *me* pruebes al fuego,
no encontrarás *malicia en mí*.

Mi boca no ha faltado
como suelen los hombres;
según tus mandatos *yo me he mantenido*
en la senda establecida.
Mis pies estuvieron firmes en tus caminos,
y no vacilaron *mis pasos...*

Expresiones como éstas, reclamando la propia inocencia y santidad, manifestando que la santidad y las acciones del orante *merecen* que el Señor

las atienda, no son excepción en la plegaria litúrgica, en los salmos especialmente. Fórmulas y expresiones que están muy lejos de concordar con aquella plegaria humilde del publicano en el templo que alabó Jesús y que propuso como modelo de plegaria *personal* (Cf. Lc 18, 10-14). Pero expresiones como las del salmo citado, por más que se asemejen a la oración del fariseo reprobada por el Señor, dichas en nombre de Cristo, el *Santo* por excelencia, no pueden sino conmover el corazón de Dios en bien de aquellos a quienes Cristo quiso llamar hermanos (Cf. Hb 2, 11).

7. Asumir vitalmente la presencia de Cristo junto a la comunidad orante

Los tratados espirituales sobre la oración nacidos en los últimos siglos en las diversas escuelas de espiritualidad miraron la oración casi siempre -por no decir absolutamente siempre- bajo el prisma exclusivo de coloquio personal del alma con Dios. Bastaría recurrir a las más habituales definiciones o descripciones de la oración que figuran en dichos tratados para convencerse de ello. Poca diferencia se encontraría en estos manuales entre lo que es la oración y lo que constituye propiamente la *oración cristiana*. Debido a la larga trayectoria de siglos que no se han referido a la identidad más propia de la plegaria de los bautizados como tales, hoy se hace necesario un cierto esfuerzo de reflexión para redescubrir los matices propios y diferenciadores de la plegaria cristiana.

Y uno de estos matices de la identidad de la plegaria eclesial es precisamente el de ver a Cristo presente junto a los fieles y orando con ellos. Así lo recuerda la Constitución de liturgia Sac. Conc. 7. Hoy una tal visión de la plegaria resulta generalmente algo inhabitual e incluso difícil. Pero se trata, no obstante, de un aspecto importante y enriquecedor. La voz del Hijo amado es la oración más agradable a Dios de cuantas se elevan desde este mundo al Padre y esta, su plegaria, es siempre escuchada (Cf. Hb 5, 7). Las súplicas del Hijo merecen ser siempre atendidas por el Padre, Cristo siempre podrá obtener los bienes que pide para los hombres beneficiarios de su oración, pues él -únicamente él- puede decir en su plegaria: Padre, escucha mi oración, pues «en mis labios no hay engaño: miren tus ojos mi rectitud. Aunque sondees mi corazón, visitándolo de noche, aunque me pruebes al fuego, no encontrarás malicia en mí. Mi boca no ha faltado como suelen los hombres; según tus mandatos yo me he mantenido en la senda establecida. Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos». Esta su oración es

ciertamente más eficaz que la nuestra. Y es ésta oración la que resuena a través de nuestros labios durante la celebración litúrgica. Así lo dice, refiriéndose concretamente a los salmos del Oficio la *Institutio* que encabeza la Liturgia de las horas: «Quien recita los salmos en la liturgia de las horas no lo hace tanto en nombre propio como en nombre de todo el cuerpo de Cristo, e incluso *en nombre del mismo Cristo*» 108, PARDO 4049)

En esta unión a Cristo orante en la Iglesia tenemos, pues, un importante matiz de la participación de los fieles en la celebración litúrgica. No se trata de una acción externa -estas acciones son también importantes- sino de la participación litúrgica *activa* en un matiz de la mayor importancia pues forma parte de aquellos «elementos invisibles» a los que están subordinados los elementos visibles de la participación activa -los cantos, por ejemplo, o las actitudes comunes- que tienen valor pero únicamente si «se ordenan a lo invisible» (Sac. Conc. 2, PARDO 2), es decir a la comunión de sentimientos con Cristo cuya oración resuena ante el Padre a través de nuestra voz.